

Todos, a toda hora, somos avasallados por infinitas fuerzas que nos llaman a la quietud, al conformismo y la idiotez. En cada asunto que pensamos el apresuramiento conforma opiniones sin mérito; en cada conversación, palabras vacías, palabras que no son de nuestro corazón, quieren decirse; la mano seductora de la pereza intelectual nos llama sensualmente. Esta es la verdadera lucha. Debemos practicar, *toda la vida*, una sana intransigencia. Debemos alejarnos de las conversaciones vanas. Debemos escapar de la frivolidad. Cuando quiera que sintamos que perdemos nuestro tiempo, debemos recordarnos: en este paraíso existen cosas que pueden asombrarme y que yo debo descubrir. En el asombro está la vida.

La curva de la vida comienza a dibujarse duramente sobre el rostro de mis contemporáneos. En sus caras sospecho la abyecta o adorable huella que, desde su encierro, imprimen las almas. En tantos veo una auto-complacencia extraordinaria, un obsceno desinterés por nutrirse de las cosas nobles de la vida. Muchos empiezan a beber en exceso, a darse licencias. Dejan de leer. Dejan de pensar. Pienso, que eventualmente, dejarán de sentir. Hay en mis pesadillas un tono verde pálido que debe parecerse al de esas vidas que se mueven de una frivolidad a otra, que ocultan el fangoso fondo de la angustia donde el deseo y el amor se han enterrado. Son como los ríos cuya superficie turbulenta esconde un fondo quieto y pantanoso. (Yo, en mi juvenil encierro, parezco lento y estatuario, pero recorro mundos milearios y siembro en mi lodoso fondo hermosas algas y serpientes.)